



Columna



Bernardo Donoso Riveros
Profesor emérito PUCV

Cinismo, hipocresía y sinceridad

Estas tres palabras y, por tanto, sus sinónimos y antónimos, junto a todas las experiencias y metáforas que hacen recordarlas y le dan forma, se constituyen en la base en que se juega el vicio y la virtud en las relaciones entre nosotros las personas. Se trata de la “calidad” de la comunicación, de su honorable densidad o el deshonor que puede acompañar un intercambio dominado por la hipocresía o el cinismo. Asimismo, son cruciales en los procesos de negociación, de búsqueda de acuerdos, de la exploración en busca del bien común, del triunfo de la ética.

En nuestras relaciones están siempre presentes dos palabras asociadas: la forma y el fondo. Cuando vivimos un simple o complejo proceso de acuerdo, por ejemplo, en el ámbito político, en muchas ocasiones la forma se constituye en el fondo. Si aceptamos que el fondo es aquello de lo que se habla y que la forma tiene que ver con cómo se dice o se expresa lo dicho, las fronteras se hacen difusas, también contradictorias. Imaginen un país que trata a través de los actores pertinentes encontrar una respuesta razonable, no perfecta o la “más aceptable posible a la luz de variables esenciales a considerar” sobre un asunto que los estudios de opinión pública muestran como clave. Así podría suceder que “la forma” y sus incontables expresiones dañe una construcción lograda con esfuerzo, disposición, entrega, buena fe.

Otro asunto, que aparece como un fantasma, se conecta con quién tiene “la culpa” de un resultado, de una complejidad, de un retardo. Es un ángel auto proclamado que culpa al

otro que, como conclusión, es un demonio. A veces en las sociedades hay una propensión a esta forma de mirar. Algo de hipocresía emerge mezclada con cinismo. Puede ser una constructiva reflexión mirarse uno mismo, recordar quién está libre de pecado. Por eso es tan valorable el auténtico y profundo reconocimiento del error, no como una mera maniobra elusiva. Los grandes líderes son recordados precisamente por esta capacidad de elevación. A mayor tiempo transcurrido, la distancia puede ser también rica en valoración.

Tal como ha habido y habrá constructores de la sociedad que han hecho historia como personas de Estado, que han marcado el progreso, el respeto, relevando el espíritu de servicio, ello ha sido posible principalmente por la sinceridad de espíritu y palabra. El sentido de renuncia donde la noción de límite es tangible. Esas personas tienen costo de oportunidad. Estar en el liderazgo implica compromiso y desapego. Dejar opciones de vida reales para disponerse a la entrega a causas notables que tienen una medida que es parte de valores superiores. Tal vez el poder más bello es el llamado poder de referencia, la valoración de las otras personas por ser artífices de confianza, competentes, educadores, inspiradores. Ella, la confianza, sutil y delicada, subjetivamente apreciada, objetivamente mirada, constituye el pegamento de las partes para alcanzar el todo. De allí que cuando se habla de cohesión el referente es la confianza mutua. La duda, la pérdida de confianza, tiene costos sociales de envergadura que pueden acompañar negativamente a una sociedad por años en travesías que pueden ser dolorosas.